

CAPITULO XXVII.

RESIDENCIA

DE LOS AMERICANOS EN MÉXICO.

Los dias que siguieron al 14, 15 y 16 de Septiembre de 1847 los americanos distribuyeron sus tropas en la ciudad, colocando en cada garita y con direccion á las calzadas, piezas de artillería, y tomando durante la noche todas las precauciones convenientes, bien para resistir una nueva sublevacion, ó bien para no ser sorprendidos, en sus cuarteles situados en los barrios, por alguna partida de guerrilleros de los muchos que se decia vagaban en los pueblos del valle de México; pero un mes despues la confianza se restableció un tanto; los enemigos disminuyeron mucho sus aparatos militares, dejando solo en la puerta de Palacio un cañon de á veinticuatro y un mortero, y los habitantes de México, que habian emigrado, comenzaron á regresar, considerándose mas seguros dentro de la capital que en los pueblos cortos.

Los oficiales americanos, orgullosos con la conquista que habian hecho, bastante alegres de hallarse casi en completa seguridad en la capital de la República, y persuadidos de que una sublevacion era un

riesgo muy remoto, comenzaron á organizar un sistema completo de diversiones.

Algunos actores, urgidos por la necesidad ó por otros motivos, se prestaron á representar algunas comedias: el dueño del teatro Nacional no tuvo gran dificultad en arrendar el local, y la ciudad conquistada comenzó á mostrar sus atractivos al vencedor. La Cañete fué el encanto y la adoracion de los gefes americanos, y la calle de Vergara presentó todas las noches el aspecto de animacion y de vida que le ha sido habitual desde que por la constancia del Sr. Arbeu se hizo ese magnífico edificio. Algunos carreteros y soldados representaban comedias en aleman y en inglés en el teatro de Nuevo-México.

Los que no eran muy aficionados al teatro, organizaron salones de baile á imitacion de la moda de los Estados-Unidos.—Un salon de baile se estableció en la calle del Coliseo frente del Teatro Principal; otro en el callejon de Belemitas, y el mas concurrido de todos, en el hotel de la Bella Union. Los cuartos de este hotel estaban llenos de oficiales. En los pisos bajos habia salones de juego; en los primeros pisos, cantinas, villares y salas de baile, y en los altos, en su mayor parte, estaban destinados á lo que la decencia no permite espresar. Desde las nueve de la noche hasta las dos ó tres de la mañana duraban estas orgías, que jamas se habian visto en México. El bello seco mexicano era mas abundante de lo que era de esperarse, y compuesto en su mayor parte de prostitutas, y á veces de algunas muchachas alucinadas ú obligadas por la miseria á cambiar su honor por un pedazo de pan para sus familias.

Lo oficiales, ademas de estos medios públicos para divertirse, por decirlo así, comenzaron á esparcirse en clase de alojados por todas las casas de México, y elogiando la belleza del pais y de las señoritas mexicanas, iban poco á poco formando relaciones é inspirando confianza á las familias.

Por los datos que hemos tenido á la vista, solo ocupó la ciudad el general Scott con siete ú ocho mil hombres, pero despues fueron llegando de los Estados-Unidos y de las guarniciones del camino, algunos nuevos regimientos de infantería y caballería, la mayor parte voluntarios. Raro dia se pasaba en la capital sin que llamara la atencion del vecindario la entrada de nuevas fuerzas, de suerte, que á los

dos meses de haber entrado los enemigos en México, el aspecto de la ciudad habia cambiado enteramente. Desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, innumerables carros transitaban las calles en todas direcciones. La mayor parte de los conventos de monjas y frailes estaban convertidos en cuarteles y hospitales, y grupos de voluntarios con pistolas de seis tiros y grandes cuchillos de monte en la cintura, recorrían la ciudad y llenaban las tabernas y cafes. La tropa de línea estaba vestida de azul; pero los voluntarios y la multitud de aventureros que venia unida á la tropa, andaban con las botas sobre los pantalones, con unos sombreros y unos trages ridículos, hasta el grado de parecer farsantes de Carnaval.

Toda esta multitud, y esceptuándose el cuerpo de rifleros y algunos otros bien organizados, hacia una pública ostentacion de su glotoneria, de su intemperancia, de su estremada suciedad y de sus maneras bruscas y enteramente opuestas á las de la raza de los países meridionales. Personas que han residido mucho tiempo en los Estados-Unidos, no podian creer que tal fuese el ejército de una nacion que ha pretendido colocarse á la vanguardia de la civilizacion, y cuyos ciudadanos creen ser los mas ilustrados del mundo. En la oficialidad de línea, y particularmente en la artillería é ingenieros, se podian reconocer algunos jóvenes de educacion y de estudios; pero los oficiales de voluntarios, en la generalidad, tenian las mismas maneras bruscas de los soldados, con los cuales trataban con una familiaridad muy distante de ser provechosa para la buena disciplina. No dejaba todo hombre observador de estrañar que estas reuniones de voluntarios viciosos, sin disciplina, sin subordinacion, sin esperiencia en el manejo de las armas ni conocimientos de táctica, hubieran vencido á nuestros batallones, instruidos, subordinados, sufridos, y por mas que se diga, valientes. Ya el lector habrá notado por la lectura de estos rápidos apuntes, las causas que influyeron en las pérdidas de las batallas. Esta continua afluencia de estrangeros, que en su mayor parte hablaban el inglés, ocasionó tambien una alteracion en el comercio. —Las sastrerías que se habian apellidado mexicanas, se convirtieron en sastrerías americanas; y sastres, barberos, tenderos, fondistas y mesoneros, sufrieron la influencia del idioma del conquistador, y se apresuraron á sustituir sus letreros y avisos con letreros y avisos en

idioma inglés. El comercio, que en todas partes es comercio, se entendió á poco tiempo con los nuevos dominadores, y comenzáronse á hacer negocios y especulaciones por todos los que estuvieron en disposicion de calcular solamente sus ganancias pecuniarias. De esta regla general pueden hacerse pocas y honrosas escepciones, siendo una de ellas D. Gregorio Mier y Teran, que ni por sí, ni por interpósita persona, quiso entrar en ninguna clase de especulacion, y aun rehusó vender maiz, cuando fué una partida de tropa á solicitarlo á la hacienda de San Nicolas. Esta conducta patriótica es muy honrosa, y nosotros con mucho gusto hacemos mencion de ella.

Este era el estado que en lo general guardó algunos meses la capital de la República. Los ricos, metidos en su casa ó retirados á sus haciendas, veían con indiferencia lo que pasaba; los comerciantes avarientos especulaban, y los que pertenecian á la clase media, tenian á veces que pedir limosna. Los empleados egoistas, que tenian algun otro modo de subsistir, abandonaron al gobierno, creyendo ya completa y duradera la conquista: el populacho, heróico al principio, continuó algunos dias ejerciendo venganza y haciendo desaparecer todos los dias con el puñal á los soldados americanos; pero concluyó por dejarse humillar por los altaneros conquistadores. Lo que en este punto pasó en México no es nuevo, sino muy parecido á lo que ha acontecido en todos los países del mundo cuando han sido momentáneamente dominados.

El ayuntamiento, á quien hemos visto resistir la tormenta de los dias 14 y 15 de Septiembre, continuó algun tiempo en sus funciones municipales. Contrató un préstamo de ciento cincuenta mil pesos con D. Juan Manuel Lasquety y D. Alejandro Bellangé, para pagar al general Scott el precio de las garantías otorgadas á la ciudad, concediendo á los prestamistas un premio de quince por ciento, é hipotecándoles todas las rentas del Distrito. No juzgamos que atendido el servicio, fuese escesivo este premio, si bien los interesados estaban perfectamente seguros que, aun en el caso de que continuase la guerra, podian reembolsarse. El mismo ayuntamiento entró á manejar la aduana, cuyo sistema se simplificó estremadamente; el correo, que se le concedió á medias en administracion á D. Anselmo Zurutuza, dueño del establecimiento de diligencias; la renta del ta-

baco en el Distrito, cuyo manejo se encargó á D. Vicente Pozo, y las contribuciones directas, que se encomendaron á algunos de los empleados en el ramo. El préstamo, con sus premios é intereses, se pagó de la parte de la indemnizacion, y la delicadeza y la moral pública exigian, que despues que desocuparon los enemigos la capital, el ayuntamiento hubiese dado cuenta á la nacion de la distribucion que tuvieron esos fondos. Nosotros, sin tratar de hacer comentario alguno, sentamos como un hecho, que hasta la fecha en que escribimos, todavía no ha publicado el ayuntamiento la memoria que era de esperarse.

Aunque al principio pareció que no se interrumpiria la armonía que en lo aparente reinaba entre las autoridades americanas y los concejales, diariamente habia un motivo de disgusto. Los americanos, para castigar las faltas ligeras de nuestra gente del populacho, condenaban á los reos mexicanos al suplicio público de azotes: el ayuntamiento reclamaba, y los enemigos contestaban, que era un derecho y la costumbre establecida por sus leyes militares. La ciudad estaba, en las noches, insegura, lúgubre, entregada á la merced de los ladrones y traidores contraguerrilleros, y de los ébrios voluntarios, que armados, vagaban cometiendo robos y desórdenes. El ayuntamiento reclamaba, y el gobernador americano contestaba que eran exageraciones, y queria que se le citaran los hechos, lo cual, como era imposible, hacia inútiles é infructuosas las reclamaciones. Por fin, con motivo de los alojamientos para las tropas, hubo fuertes contestaciones, y el ayuntamiento fué destituido.—Restaba saber si habria quién lo reemplazara.

Esto fué muy fácil.—Se fraguó una representacion, que firmaron unos cuantos hombres oscuros y desconocidos. Estos hombres tomaron la voz de todos los habitantes del Distrito: formaron sus elecciones, y erigieron, bajo los auspicios y proteccion del conquistador, una asamblea municipal, otorgándole poderes para hacer una multitud de reformas, por supuesto, si eran del agrado y conformidad de los dominadores. En el ejército americano existia un partido de agregacion, compuesto de los que formaban su riqueza á costa de los caudales del erario de su nacion, y este partido encontró, no dirémos eco, sino viles instrumentos en un puñado de hombres, ó demasiado alu-

cinados, ó profundamente malvados.—Este fué, en compendio, el origen de la célebre asamblea municipal, que hizo aparecer al Distrito, á esa misma poblacion que habia derramado sus tesoros y prodigado su sangre en la defensa hecha poco tiempo ántes, como una ciudad desleal que abandonaba á un gobierno desgraciado y combatido por los partidos, y que abrazaba con ahinco la causa de sus dominadores, renegando para siempre de su pabellon, de su independenciam y de sus derechos. Afortunadamente ha sido bien marcada la diferencia que se debe establecer entre el vértigo de una corta faccion, y la voluntad de una ciudad entera.

iii El presidente de esta asamblea fué D. Francisco Suarez Iriarte, que habia sido ministro de estado, y diputado al congreso general!!!

Los demas concejales eran personas tan insignificantes, que ocioso parece tomarse el trabajo de consignar sus nombres en estos apuntes.

Los que componian la asamblea, no se limitaron á desempeñar sus funciones de legisladores, de jueces y de ejecutores, que se habian abrogado, sino que su abatimiento llegó al extremo de obsequiar al general Scott con un banquete en el desierto de los Carmelitas, brindando por los triunfos de las armas americanas en el valle de México.

Seria escusado decir que estos actos merecieron la general reprobacion, y que sus autores no tardaron en recibir el mas completo y pronto desengaño, viéndose abandonados de los americanos, arrojados de sus puestos, y obligados á ocultarse en el momento que se entablaron las negociaciones de paz.

Las riñas diarias entre los soldados americanos y el populacho, los robos en las noches, y el espectáculo de los azotados, ya mexicanos, ya americanos, eran cosas comunes y ordinarias, de que ya nadie hacia caso. Llamaron, sin embargo, la atencion pública algunas ocurrencias. Una de ellas fué, la acusacion que se hizo contra el general Scott, al gobierno de los Estados-Unidos, por el general Pillow y por el coronel de artillería Duncan. El gobierno de los Estados-Unidos mandó formar un tribunal de investigacion, y el conquistador de México, como el mismo general Scott se llamaba, se vió arrastrado como un criminal ante un juzgado militar, y privado del mando,

que entregó al general Butler, que en esos días habia llegado á México á la cabeza de una legion de voluntarios.

La sala que escogieron para el juicio, fué la misma que está destinada para la suprema corte de justicia. El tribunal lo formaban los generales Towson, Cushing y teniente coronel Belknap. Scott se presentó acompañado de su estado mayor, y tomó asiento á la izquierda del tribunal, y á la derecha sus acusadores. Despues que se le leyeron las acusaciones, que sustancialmente se contraian á las acciones del Puente de Churubusco y Molino del Rey, el general Scott, que es de una alta y erguida estatura, y estaba vestido sencillamente con una levita y un pantalon azul, se puso en pié, y con voz enérgica y firme, dijo: que por fin las calumnias de sus enemigos habian prevalecido ante su gobierno, y que se le habia hecho descender desde el alto rango de general en jefe de un ejército, hasta el de un simple criminal arrastrado al banco de los acusados; pero que á pesar de todo, sentia que el Altísimo le habia concedido la fuerza física y moral necesaria para triunfar de sus enemigos.—El tribunal no le permitió continuar esta especie de desafio, y le ordenó que todo lo que tuviese que decir lo escribiera. Durante muchos días continuó públicamente el juicio, y el general Scott regresó á los Estados-Unidos, privado del mando militar, quedando los hombres reflexivos admirados de la fuerza moral del gobierno de los Estados-Unidos, que con una simple hoja de papel, escrita á dos mil leguas de distancia, habia humillado y hecho descender de su alto puesto al soldado orgulloso y triunfante. Creemos que este paso fué obra de la política profunda del gabinete americano. Una vez que Taylor en sus campañas en el Norte habia adquirido bastante preponderancia, se le puso como rival al general Scott, y cuando Scott habia hecho olvidar la reputacion del viejo general Taylor, el ejecutivo quiso que el pueblo de los Estados-Unidos olvidara á los dos caudillos, y no prevaleciera nunca el principio militar, tan perjudicial en los países regidos por el sistema federal.

Otra de las ocurrencias que interesaron mucho la tencion pública, fué la sentencia de muerte á que condenó á un mexicano, llamado José de la Luz Vega, el tribunal militar americano. José de la Luz Vega era un pobre muchacho con madre é hijos, y que fué aprehen-

dido y juzgado por haber protegido la desercion. Hasta ahora no sabemos si el reo era realmente culpable; pero lo cierto es que se le puso en capilla, y que sin remedio iba á ser fusilado, á no haber mediado la intervencion inmediata de D. Pablo Martinez del Rio, que consiguió del general Scott, la víspera de la ejecucion, el que ésta se difiriera. Posteriormente se interpuso la influencia de los señores comisionados para arreglar la paz, y terminado el convenio, José de la Luz Vega se vió libre enteramente. Muchos fueron los que trataron de atribuirse despues la gloria de haber salvado á este desgraciado mexicano; pero la verdad es la que acabamos de referir.

Tambien fué muy notable el robo de la casa de D. Manuel Fernandez, en la calle de la Palma. Ocho ó nueve americanos, entre los cuales habia dos oficiales de voluntarios, se pasaron de los balcones de la Bella Union á la azotea inmediata. De allí se bajaron á la casa de Fernandez, y siendo sentidos, uno de los dependientes, llamado D. Manuel Zorrilla, jóven español muy apreciable, les hizo fuego desde una ventana. Uno de los malhechores disparó un pistoletazo y mató á Zorrilla. Antes de quince días los ladrones estaban ya aprehendidos, juzgados y condenados á ser ahorcados; pero se interpusieron en su favor las súplicas de la Sociedad Filantrópica y de otras varias personas, y fueron indultados.

Durante la residencia de los americanos en la capital, la prensa no dejó de estar en actividad. Un americano llamado Peoples, que venia con el ejército, despues de la accion de Cerro Gordo, comenzó á publicar en Jalapa un periódico en ingles, titulado: *La Estrella americana*. Cuando ocupó el general Scott Puebla, continuó su publicacion Peoples en aquella ciudad, y la restableció en México á pocos días de posesionados los americanos de la capital. Era un periódico que en lo general contenia artículos insultantes para los mexicanos; pero en particular escribia contra los militares y contra el general Santa-Anna, aunque inclinando todas sus opiniones en favor de la paz. Algun tiempo despues apareció otro periódico en ingles, titulado el *Norte-Americano*, sostenido por los oficiales del ejército enemigo, partidarios de la agregacion. Escribia en él un jóven llamado Tobey y un oficial de voluntarios llamado Reid, y algunos editoriales en español, que lla-

maron la atencion, se creyó que eran escritos por pluma mexicana. Las ideas del periódico eran las de probar las ventajas que resultarían al país de agregarse á los Estados-Unidos, sin omitir tampoco ni los insultos, ni una amarga é injusta crítica.

Los periódicos en español, que se publicaron tambien entónces, eran, el Monitor, que tomó en cuanto pudo la defensa de México; el Eco del Comercio, que se propuso decididamente defender las ventajas de concluir la paz y unir á los partidos, y el Cangrejo, cuya misión era en esos momentos insultar groseramente á las personas mas respetables del país, si bien algunas veces contenian sus párrafos alguna sal.

Los templos, durante el periodo á que nos referimos, permanecieron abiertos y frecuentados como siempre, y la Iglesia, merced al talento y buena política del Illmo. Sr. arzobispo de Cesarea, D. Juan Manuel Irisarri, mantuvo sus derechos, y fué respetada. Son tambien muy dignos de mencion los caritativos auxilios que este respetable pastor de la Iglesia mexicana, que falleció ántes de que pudiera ver estampados nuestros sinceros elogios, prodigó á los prisioneros mexicanos, cuya libertad consiguió, interponiendo su influjo con el general Scott.

La residencia de los americanos en México formará una época de eterno recuerdo, como la forma entre los franceses la ocupacion de Paris por los aliados.



CAPITULO XXVIII.

MAZATLAN.

La importancia que en nuestro concepto debe darse á este artículo, no nace sin duda de los hechos de armas que dieron por resultado la toma de los puertos del Pacífico: muy sabido es, que poca ó ninguna resistencia encontraron al ocuparlos las fuerzas invasoras. Nuestro intento, al escribir estas líneas, ha sido consignar para la historia, la relacion del estado en que se hallaba aquella parte de la República, que debia ser dominada con la ocupacion de Mazatlan; y por consiguiente, hemos creído indispensable hacer una ligera reseña de los atentados cometidos en este puerto, que tanto han escandalizado á toda la nacion, y que han sido la causa de que el ejército americano encontrase indefensos al mismo Mazatlan y á California.

En Abril de 1846, el coronel D. Rafael Tellez llegó á aquel puerto con una respetable seccion de tropa: su destino era marchar á la Alta California para protegerla contra el invasor. La perspectiva que presentaban á este gefe los cuantiosos productos de la aduana marítima, la desmoralizacion con que allí se vive, el sistemado despilfarro de las rentas, y la poca energía de la accion del gobierno hasta aquella distancia, halagó sus pasiones, y lo hizo formar la resolucion de no pasar de Mazatlan, comprometiéndose desde luego con el coronel Baneneli en una conspiracion contra el gobierno del general Paredes.